



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.146

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

CONDICIONES:

En la Peninsula.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

JUEVES 29 DE AGOSTO DE 1895

El pago se hace siempre adelantado y en metálico y en letras de fácil cobro.—co responsables en París, A. Lonette, rue Casanarlin, 61, y J. Jones, Fairbourg, Montmartre, 31

ALAMBIQUES

Aparatos para alcoholes de 39 á 40 Id. • aguardientes • 24 á 26° Id. • anisados.
Alambiques aguardenteros con columna y boya de graduación, serpentín y depósito refrigerante.
Id. completos con baños maria, aros de bronce, serpentín y depósito.
Fabricación esmerada y precios muy económicos.
Prensas, azufradores, y cuanto con cierno á la elaboración de vinos.
Camilo Pérez Lurbe.—Castellón 12.

Para curar las quemaduras.

DESCUBRIMIENTO IMPORTANTE.

Basta leer las noticias diarias de la prensa para convencerse de que aquellos accidentes ocurridos á causa del fuego son los más frecuentes y á menudo mortales, ya por la falta de cuidados inmediatos á las víctimas de ellos, ya á causa de su insuficiencia.

¿Debe renunciarse á la esperanza de combatir eficazmente los peligros que resultan de las quemaduras, ó por lo menos á suprimir los intolerables dolores que producen?

La ciencia ha resuelto problemas más arduos, y actualmente parece poseer el medio de hacerlo con el que se refiere á la curación de estos terribles accidentes, según resulta de un informe que acaba de ver la luz pública en París.

El «descubridor» del remedio es el doctor Thierry, que ha obtenido excelentes resultados en el hospital de la Caridad tratando esta clase de enfermos que eran confiados á sus cuidados.

M. Thierry, al explicar su procedimiento, ha dado prueba de la mayor modestia, importándole muy poco la opinión que hubiera podido halagar, haciéndolo ver que era el producto de una serie de experiencias y profundos estudios.

La casualidad—dice—es la que me ha ayudado. Siendo interno en los hospitales, este doctor se ocupaba de operaciones quirúrgicas, y se servía del ácido pírico como antiséptico; con este motivo tenía que hacer uso de él muy á menudo, teniendo las manos casi siempre impregnadas.

Cierta día que encendía un cigarro le cayó el fósforo encendido en los dedos. Las personas á quienes sobreviene este accidente no ignoran que ocasiona un dolor muy vivo, y M. Thierry no experimentó ninguno. Algún tiempo después, al cerrar con la cera una carta, le cayó una gota de la cera encendida en la mano y tampoco sintió dolor alguno, y apenas conserva la ligera huella de la quemadura.

Desde entonces se dedicó á practicar ensayos en los enfermos que le eran confiados. La experiencia personal le había demostrado que el ácido pírico comunicaba á la epidermis cierta inmunidad contra las quemaduras, y la aplicación del tratamiento que estableció después de esta observación, dió los más brillantes resultados, y consiste en

tratar las quemaduras con soluciones de ácido pírico, los tejidos, á su contacto, aumentan su densidad y se reconcentran, lo cual constituye una acción opuesta á la que produce el fuego.

El único inconveniente que presenta el tratamiento es el que da á la piel un ligero color amarillo; pero es fácil hacerle desaparecer lavándola con una disolución de ácido bórico. Este ácido hace desaparecer los efectos de aquél.

Merced á la aplicación de la solución de ácido pírico, las ampollas que se forman generalmente en los quemaduras, no llegan á formarse y se pueden curar en cuatro ó cinco días por completo.

Por lo expuesto se vé cuán interesante es el descubrimiento del doctor Thierry y lo fácil que resulta su aplicación; además, el precio de este ácido es relativamente barato, pues el kilo, no vale más de cuatro francos y con tres kilos se puede saturar una barrica de agua.

En las fábricas y en las minas deben, en previsión de accidentes frecuentes en demasía, tener siempre provisión hecha, y en las casas no estará demás tener un frasco grande preparado.

Microscópicas.

DE FRANCIA Á ESPAÑA

Hay en el extranjero periódicos formidables, como el «Times», que hacen la causa del filibusterismo cubano, ellos sabrán porqué; pero hay tambien periódicos serios, como «Le Temps», que hacen justicia á España y miden sus esfuerzos con la medida de la imparcialidad y los elogian en la medida de lo justo.

Lo que hace nuestra nación para aplastar la insurrección separatista ha inspirado á «Le Temps» un hermoso artículo que tiende á nuestro orgullo. Habla el colega con tanta justicia y tanta imparcialidad del orgullo español, que se erige en juez en causa propia y señala los esfuerzos titánicos hechos por España en aquella lucha de principios del siglo, en que pelearon de una parte lo más florido del ejército francés, mandado por el genio militar de Napoleón, y de otra parte ejércitos improvisados y partidas de guerrilleros, sin experiencia alguna de las luchas militares, pero inflamados en el ardiente fuego del amor á la patria.

Dice «Le Temps»:

«No es vana palabra el orgullo castellano. El alma española tiene recursos casi inagotables de valor, de perseverancia y de energía en cuanto se trata de defender la honra nacional ó el patrimonio de sus mayores. Bien se vió en aquellos días sombríos en que la perfidia de Napoleón y la deslealtad de sus instrumentos habían parecido condenar irremisiblemente á España á la dominación extranjera. Un poco de aquel altivo y noble espíritu bastaría ampliamente para asegurar la reconquista de Cuba.»

Bastará, no lo dude el colega.

Nuestras tropas, que van á Cuba, van influidas por el patriotismo de siempre. Y á los gritos que dá la multitud que presencia el embarque agolpado, en los muelles, victoreando al ejército, surgen en las imaginaciones juveniles de los futuros héroes los sublimes recuerdos de la eximia de San Cristóbal, en la batalla de Bailén y los cañones tomados á los franceses á bayonazos, en el paso del Bruch.

Cuba seguirá siendo española, porque en que lo sea está interesado ese orgullo nuestro de que habla «Le Temps».

RAUL.

Notas veraniegas.

VIAJE AL ESCORIAL.

Colaboración inédita.

Los que veranean en San Sebastián hacen excursiones á Pasajes, Rentería ó Fuenterabía; los que en Portogaleto ó Las Arenas, á Santurce, Algorta, Palencia, ó Begoña; los que en Sainthelder, á Larodo, Astillón ó Lezama, y los que pasamos el verano en Madrid nos hacemos al Escorial, Villalba ó Pozuelo.

Ellos respiran las brisas salinosas y frescas del mar; nosotros sacamos nuestros pulmones con el aire mezclado con aromas de tomillo y flores silvestres.

Los que aquí quedamos somos, por obligación, no por virtud, más modestos, mas dados á giras campestres por sierras que en el invierno nos envían helados sollos, que á recoger pueblecillos de la costa cantábrica en busca de impresiones, de cosas nuevas.

Aunque parezca increíble, también los que resistimos la temperatura del frío, hacemos «torreñas» pacíficas. Buenos estaríamos si á los que pueden recrearse en las playas del Norte les estuvieran solo reservadas esas «torreñas» veraniegas.

Nosotros, que estamos pasando por lo que ellos no quieren, de justísimo que hagamos también «escapatorias» para nosotros, la piel, cosa muy puesta en razón y que nos hace muchísima falta, ¿quién lo duda?

Véase en prueba de ello lo que ocurre todos los días de fiesta en la estación del Norte á las primeras horas de la mañana.

Las 6 y 30 es la hora señalada para la partida de los trenes de recreo; una antes los señores de espaldas ya están llenos de familias que aguardan la apertura de los despachos de billetes para poder entrar al andén y colocarse en los wagones lo más cómodamente posible, si es que cabe hallar en ellos comodidad alguna.

La excursión al Escorial resulta un tanto agradable.

Luego que se sale de las frondosidades de la Florida, el aroma móbil, el aire saturado de perfumes campestres, entra á bocanadas en los coches, anunciando que ya estamos fuera del radio en que reina esa atmósfera envenenada que embrocó nuestra sangre é inoculó la lepra en las naturalezas jóvenes. La Moncloa, la Casa de Campo y el Pardo, con sus macizos de árboles, pasan rápidos ante nuestra vista, como si hubieran atravesado un invisible «entrufo», el cual si orgullosos de la sabiduría que en sus entrañas anida, pusieran tierra por medio abandonando la vejez de los esteriles y quebra de montes en que nos hallamos al salir de Pozuelo.

Después de atravesar llanuras y cerros de salvaje vegetación y dejar las estaciones de Pozuelo, Las Rozas, Torreleón y Villalba, descubrimos anebrias y gigantes torres cuyos nacimientos se pierden entre enormes y puntiagudas peñas que las sirven de barrera, al parecer infranqueable. Pocos minutos después vemos ya completamente el edificio que la fé de un rey erigió en memoria del triunfo que los españoles obtuvieron en la batalla de San Quintín.

Apriétanse los frenos del tren, dejase escapar la máquina, que quedito y los wagones chocan unos con otros y quedan sin movimiento; hemos llegado al Escorial.

Aquí el paisaje ha cambiado notablemente; la aridez que antes nos rodeaba ha sido trocado por verdes bosques y floridos prados.

Dentro de aquel medio círculo de granito que forma la sierra, todo es arboledas frondosas y jilindillos á la luz.

Es muy agradable la sensación que produce á la vista aquel espectáculo.

Y qué contraste forman las majestuosas fachadas del monasterio, trascendentes á un misterioso soporal, con aquella verdosidad que lo rodea. Qué finitas ideas sugiere la contemplación de aquel severo edificio que perpetúa el nombre del segundo de los Felipe!

Pero dejémonos de digresiones tonas y vamos camino del monasterio, pero haciendo antes escala en el hotel Mirador, para reponer fuerzas.

En un omnibus salvamos la no pequeña distancia y pendiente que hay entre la estación y el pueblo, quedando muy luego á nuestra espalda la fábrica de chocolates de Matías Lopez y el precioso Jardín del Príncipe.

Hayendo de los rayos del sol, que á las doce de la mañana se dejan caer sobre uno como materia ignea, nos guíe nos en la inmensa mole de piedra de roquedo, donde cada monarca ha depositado nuevas riquezas, rivalizando así justo tributo á la memoria de sus abuelos y señalando su paso por el trono con bellas de brillantes matices. Dentro del edificio se goza de una temperatura agradable y que con el tiempo hace olvidar la existencia de fuera.

Atravesamos varias galerías de espesos y fríos muros, donde creemos encontrar la alluvia del siglo, Jerónimo, morador del edificio, hallamos un grupo de niñas angelicales, de vaporesos trajes, que con el devocionario, en la mano acuden á escuchar el santo sacrificio de la misa que anuncia las raras campanas, cuyos tañidos repite el eco cien y cien veces en las infinitas bóvedas.

La numerosa colonia madrileña que pasa en el Escorial durante estos meses de verano nos la vamos encontrando poco á poco por aquellas intrincados laberintos de vestíbulo, galerías y patios, matando con la charla crítica el tiempo que falta para que dé principio la misa.

Antes de penetrar en la iglesia, multitud de chiquillos nos ofrecen sus servicios de cicerones. Atravesamos el atrio de la puerta principal, cuya bóveda casi plana tanto honra al arquitecto Juan Herrera y nos hallamos bajo las inmensas techumbres de las naves del templo, cubiertas con frescos de Jordán.

La grandeza que por todos lados está repartida y el ambiente religioso que allí existe, imponen la meditación, de que nos viene á secar algún genio de curiosos que cuchicheando comentan las pinturas de los techos. Admiramos largo rato la arquitectura dórica del templo y el hermoso establo del altar mayor donde tan criminales profanaciones hicieron los soldados de Napoleón.

Después, viniendo á nuestra memoria los mil retratos de los últimos días del rey fundador, las irreverencias cometidas por las lucas del duque de Medinaceli cuando buscaban al privado Valenzuela, la conspiración palaciega contra Carlos IV, á que dió lugar la célebre causa llamada del Escorial, los robos de los franceses en 1808, y otros mil sucesos que figuran en la historia del monasterio, visitamos el coro, la sacristía, las sales capitulares, la biblioteca, las salas de los reyes, los salones y demas locales enriquecidos por la piedad de los monarcas que desde Felipe II se han sentado en el trono de España. Variadas son las impresiones que se

sacan de la contemplación de tantas riquezas como hay allí reunidas; pero agoviada la cabeza por el mareo que produce la vista de centenares de cuadros, tapices y objetos de arte, y por la grandiosidad de la construcción, no acertaba á coleccionar y ordenar lo que por ella creía, para que la pluma lo deje en el papel.

Las ideas atropellan á los recuerdos y estos á aquellos, y como consecuencia de la lucha sobreviene el cansancio y la impotencia para describir cuanto ríe en la mente.

Mareados y rendidos, abandonamos la octava maravilla del globo. La tarde ya declina, y el sol, próximo al ocaso, nos envía sus rayos, envueltos en la brisa fresca y perfumada de la sierra que en breve han de ocultarse.

Veinte ó treinta alegres jóvenes de porte distinguido y caballeros en burlidos pollinos, llaman nuestra atención. Un amigo perteneciente á la colonia madrileña satisface nuestra curiosidad: «Vienen de la silla de Felipe II, como si dijéramos; de hacer un viaje de cuatro días á uno de los puntos mas altos de la vecina sierra. Una humorada muy frecuente en este pueblo.»

El jardín del príncipe nos presta grato asilo y á él acudimos para descansar un rato y esperar la salida del tren que ha de volvernos á Madrid.

Visitamos el «casita» albergue de riticas pinturas, y luego nos perdemos en las curvas y angostas de las avenidas del jardín. Hasta tomar asiento en una plazoleta de frondosos árboles que forman con sus verdes hojas tupidas redes, apenas se dejan pasar por entre sus mallas las débiles hebras de oro del astro divino.

Faltan pocos minutos para salir el tren; nos dirigimos á la estación y ocupamos nuestro asiento; momentos después crujen los coches y partimos con dirección á Madrid.

D. ALONSO MORRIS.

Madrid y Agosto de 1895.

A RAUL

el de las Microscópicas

(Desde Portman)

Querido Raul: La felicidad que veníamos gozando en estas playas tiende á desaparecer. Las pasadas lluvias nos hicieron abandonar el Chalet, y si el tiempo refresca, como es de presumir, tendremos que despedirnos de él, con harto sentimiento de nuestro corazón, hasta el año que viene.

Dios conserve para entonces la preciosa vida de mi Sr. D.ª Matilde, porque el Chalet sin ella sería insostenible. ¡Qué feía de nosotros, sin esas riquísimas empuas á, tortas y otras menudencias por el estilo que nos propina, con esa amabilidad y cariño que tanto la distinguen!

2 ATON

Jamás perdonaremos de nosotros el recuerdo de las deliciosas horas que en el Chalet San Manuel hemos pasado, y pasamos aún.

Para la despedida oficial proyectase una sencilla comida, cuyo primer plato será, amigo Raul, un arrope á la marinera, guisado por un pescador, á la usanza de los que condecoraban los Apóstoles.

Hemos de rutado de excursiones por mar, alguna de ellas tan llena de peripecias que hubiera dado material para una novela cómica; conciertos nocturnos y bailes, y de los «corresponsales» remojados.

Ya que el «Instituto Raul», no nos has visitado, por distracción de estas delicias, haremos un «día» en que los «corresponsales» nos acordamos de ti, sobre todo cuando llegaba la hora de las gotas.